

# **Individuo y racionalidad en el análisis de los movimientos sociales y la participación política en América Latina**

*Ricardo Martín Tanaka*

## **Introducción**

EN ESTE TEXTO QUEREMOS SOMETER A la consideración del lector la utilidad de aproximaciones que toman como unidad de análisis al individuo y su racionalidad para el estudio de la realidad social. Concretamente, nos ocupamos de la teoría de la elección racional y de la teoría de movilización de recursos. A partir de ellas, y con el fin de ilustrar su potencial analítico aportamos algunas ideas encaminadas al análisis de los movimientos sociales y la participación política de los sectores populares en los países latinoamericanos; señalando cómo se pueden superar algunos “callejones sin salida” a los que nos han conducido ciertas aproximaciones que podríamos calificar de “colectivistas” o “estructuralistas”, y cómo podemos llegar a síntesis más enriquecedoras.

## **El trasfondo: el colectivismo metodológico**

¿Por qué planteamos aproximaciones desde el individualismo metodológico (IM)? En las ciencias sociales latinoamericanas se trata en general de un enfoque teórico todavía poco conocido y empleado. Las tradiciones teóricas dominantes han tendido a ubicarse en lo que podríamos llamar un *colectivismo metodológico*: un enfoque que asume, gruesamente hablando, que existen entidades supra individuales que están por encima del individuo y que son más importantes en el momento de la explicación de los fenómenos sociales (ver Elster, 1985). Estas entidades han sido: el sistema social en el funcionalismo estructural, y las clases socia-

les en el marxismo estructural, las dos tradiciones teóricas quizá más importantes en la historia de las ciencias sociales de nuestros países.

Los actores aparecen en estas teorías, a partir de su ubicación en la estructura social, asumiendo la forma de estratos o clases, tanto en virtud de la socialización y los roles en el funcionalismo estructural, como en virtud de los procesos de "toma de conciencia de las situaciones objetivas" en el marxismo estructuralista. Lo que realmente interesa no son los individuos, ni su acción social, sino entidades "por encima" de éstos.

Fue con base en estos esquemas teóricos y sus derivaciones que se analizaron las diversas formas de acción colectiva que agitaron la realidad social y política de los países latinoamericanos desde los años 30 y 40, hasta los 60 y 70.<sup>1</sup>

Sin duda, el hecho de que estas perspectivas hayan gozado de una gran influencia y se hayan constituido en su momento en "paradigmas" dominantes de análisis y fuente de importantes contribuciones, pese a los problemas que señalamos, se debe a que, por decirlo de alguna manera, el "movimiento de la realidad" parecía ajustarse a lo señalado por la teoría. En la dinámica social lo central parecía estar, efectivamente, en las estructuras y las acciones colectivas, no en el plano individual. América Latina en su conjunto parecía atravesar por un consistente ciclo de movilizaciones y de formación de identidades colectivas, cuya clave de comprensión parecía efectivamente estar estrechamente vinculada a procesos estructurales tales como: modernización, urbanización, agudización de contradicciones sociales, etcétera.

En los años 80, estos cuerpos teóricos entran en crisis al no poder dar cuenta de las "nuevas" formas observadas de acción colectiva a nivel popular, al desarrollarse formas de acción que no podían entenderse ni como resultado del hiato entre valores y normas establecidas y posibilidades de realización (ya que parecían más bien expresar nuevos valores), ni tampoco como expresión de agrupaciones clasistas (ya que involucraban nuevos actores). Las acciones colectivas no involucraban sólo a los actores "tradicionales", obreros y campesinos: aparecían en escena los pobladores, las mujeres, los jóvenes, los movimientos regionales y otros.

<sup>1</sup> Cabe aclarar que aquí nos estamos refiriendo sobre todo a las maneras en que fueron asumidos estos enfoques mayoritariamente. En todo caso, creemos que el instrumental analítico de las diversas teorías "ilumina" con mayor o menor claridad los diversos aspectos de la realidad. En este sentido, se puede afirmar que tanto el tema del individuo, su intencionalidad, y la acción social en general, son cuestiones "problemáticas" tanto para el funcionalismo como para el marxismo; de allí su dificultad para dar cuenta de los movimientos sociales y de la participación política, temas de los que nos ocupamos en este trabajo, más abordables desde perspectivas "individualistas", a nuestro entender.

todos ellos “nuevos” actores sin una ubicación clara según la lógica de las estructuras. ¿Cómo dar cuenta de todo ello? La reflexión poco a poco fue desplazándose del énfasis en la definición *ex-ante* de los sujetos, hacia los procesos de *construcción de sus identidades* como tales. Dentro de esta búsqueda, las incertidumbres parecieron salvarse con la adopción del “modelo orientado hacia la identidad” dentro del análisis de los movimientos sociales, siendo fundamental la influencia de los trabajos de Alain Touraine.

Si bien el énfasis en las nociones de sujeto y de identidad significó una útil ruptura con la tradición estructuralista y clasista (Tarrés, 1992), nos parece que las lecturas que se hicieron de esta propuesta no privilegiaron tanto el componente accionalista, sino el referido a la lógica de entidades supraindividuales debido, ciertamente, a una cierta ambigüedad al respecto en los textos teóricos de Touraine. Si no fueron las estructuras, procesos o principios históricos siguieron jugando un papel por encima del de los individuos, lo que dificultó dar cuenta de la riqueza y diversidad de sus orientaciones. En la acción de pobladores, jóvenes y mujeres, se creyó ver “*nuevos movimientos sociales*”, categoría fuertemente cargada de implicancia teórica (y política), mientras que quizá hubiera sido más conveniente pensarlos más llanamente como formas de *acción colectiva*;<sup>2</sup> así, no habría causado tanta incertidumbre y sorpresa el “reflujo” de las mismas.

De este modo, encontramos que desde mediados de los 80, y hasta nuestros días, van entrando en crisis las aproximaciones teóricas que venimos reseñando, dada su dificultad para dar cuenta de la desarticulación de las acciones colectivas. En el caso de la teoría de los nuevos movimientos sociales, de pronto lo que se consideraba un proceso de construcción de identidades colectivas populares de sentido democrático empieza a mostrar orientaciones más diversas, e incluso contrarias. Los “fundadores de un nuevo orden”, empiezan a disgregarse en medio de la crisis, apareciendo y desarrollándose procesos de repliegue hacia espacios privados y de individuación, cursos de acción no democráticos, e incluso el respaldo masivo a liderazgos autoritarios. Todas las formas de acción colectiva entran en crisis; la vitalidad social y política de los mo-

<sup>2</sup> Al respecto ver Tarrés (1992). Los “movimientos sociales” se caracterizarían por sus potencialidades de cambio, ubicados frente a los principios estructurantes de la sociedad, mientras que las acciones colectivas, simplemente, implican la actuación concertada de un grupo de personas, en torno a un interés específico. Como se ve, hablar de “movimientos sociales” supone incorporar la lógica (simple) de los individuos a una social (compleja) que los desborda. De allí que la intervención sociológica busque “descubrir” para los sujetos “el sentido más alto” de su acción social.

vimientos deja paso a procesos de repliegue, a un renovado protagonismo de los partidos en los contextos de transición democrática, donde las negociaciones interelitistas son lo central, no la lógica de las movilizaciones sociales... ¿qué pasó? Desde las teorías citadas, así como desde los enfoques habituales de los movimientos sociales, se ha llegado de este modo a una suerte de callejones sin salida: ¿De dónde surgen las tendencias democráticas o autoritarias? ¿Cómo se “encarnan” en los diversos sujetos? ¿Cómo se reproducen y evolucionan? ¿Cómo dar cuenta de otros cursos de acción observables en los sujetos? ¿Cómo se explica el ciclo de auge y caída de los movimientos sociales? ¿Cómo intervienen las variables políticas y estructurales en ello? ¿Cuál es el sentido de los cambios para los sujetos? Son algunas de las preguntas que requieren respuesta.

Quizás una manera apropiada de abordar estos problemas es intentar construir una perspectiva de análisis que, si bien no debe negar en absoluto los avances realizados desde las perspectivas de análisis mencionadas, incorpore con mayor decisión la dimensión individual, la racionalidad, el sentido y la lógica de la acción colectiva, elementos descuidados en la mayor parte de la literatura existente sobre movimientos sociales y participación política.

En este sentido, desde la literatura de los nuevos movimientos sociales en Latinoamérica, se está intentando superar las limitaciones del paradigma dominante basado en la identidad, y hacerlo dialogar con el de la *movilización de recursos*, que enfatiza justamente la lógica individual y la racionalidad de los sujetos, y que proviene de una tradición teórica vinculada a la del IM. Pasado el entusiasmo por el paradigma de la identidad que llevó a soslayar otras aproximaciones teóricas, el camino a transitar ahora discurre por el diálogo entre varias de ellas, encaminado a generar marcos de análisis más comprensivos. En este sentido queremos ir nosotros, tratando de *superar*, no de *eliminar* problemas, mediante esquemas más complejos.

Abordar de una manera provechosa los problemas esbozados desde posiciones que enfatizan la racionalidad y la dimensión individual exige discutir una vasta literatura, muy rica y lamentablemente poco considerada en nuestros países, así como entrar a replantear, aunque sea muy someramente, sus fundamentos, para dejar el camino abierto a otros que deseen explorar su pertinencia y utilidad para otras temáticas. A esto dedicamos la siguiente sección de este trabajo.

## El “individualismo metodológico” y la teoría de la “elección racional”: qué y por qué

El punto de partida, el fundamento, de una aproximación que dé cuenta del individuo y de su racionalidad, es el individualismo metodológico. Se trata de un enfoque que reviste una gran complejidad. Para efectos de este trabajo, sólo daremos una definición muy general del enfoque, casi operacional, y nos centraremos luego en el análisis de la teoría de la elección racional, donde justamente la noción de *racionalidad* resulta central.

Entendemos aquí por individualismo metodológico *una aproximación al estudio de la realidad social que propone tomar como unidades básicas de análisis a los individuos y sus orientaciones, con base en los cuales podemos llegar a agregados institucionales que pueden finalmente desarrollar lógicas supraindividuales, que así se constituyen en límites a la acción.*<sup>3</sup> En esta definición intentamos recuperar al individuo, pero sin olvidar los ámbitos institucionales. La desatención del papel de las instituciones (y la cultura), que de un lado se constituyen en límites, y de otro moldean y posibilitan la acción individual, ha sido una de las más recurrentes críticas que han recibido posturas vinculadas al IM; por ello en nuestra definición recogemos estas críticas, sin romper así lo que creemos la lógica de nuestra argumentación.

Ahora bien, el IM como perspectiva de análisis ha logrado cobijar, lo decíamos antes, a una amplia gama de teorías; a continuación quisiéramos ocuparnos más extensamente de la teoría de la *elección racional*, que nos parece especialmente interesante.

La teoría de la elección racional comprende una muy vasta literatura, muy difícil de definir en su conjunto. En nuestros países ha encontrado muchas resistencias, vinculadas a una especie de “satanización” de la teoría, que la hace poco atractiva. A nuestro juicio, el problema es que la imagen prevaleciente de la teoría de la elección racional es muy pobre, resultado de lo que podríamos considerar versiones muy iniciales y simples de un campo teórico muy desarrollado; llamamos a esta imagen de la teoría un modelo “ingenuo” de elección racional.

Este modelo “ingenuo” de elección racional se caracteriza por los siguientes elementos:

1) Acorde con el individualismo metodológico, considera que todos

<sup>3</sup> Véase Elster (1985 y 1991a) para una definición similar a la nuestra; no la seguimos estrictamente para evitarnos discusiones teóricas que pueden distraernos, relativas al papel de las instituciones.

los fenómenos sociales son reductibles en última instancia a eventos que involucran a los individuos y sus interacciones.

2) Cada individuo posee un particular conjunto de preferencias, ordenadas y transitivas.

3) El individuo se comporta intencional, propositivamente, de manera tal que busca maximizar su función de utilidad, sus preferencias (ya que es básicamente egoísta), y el beneficio suyo o de su familia.

4) La "racionalidad" del actor radica en seguir consistentemente aquel curso de acción que le permite maximizar beneficios y minimizar costos.

Este modelo "ingenuo" de elección racional, que prevalece como imagen dentro de gran parte de la comunidad científica de por lo menos algunos de nuestros países, ha sido objeto de duras críticas, justificadas sin duda, que han dado lugar a muy interesantes respuestas y modificaciones en el interior de un esquema básico que enfatiza la dimensión individual y la racionalidad de la acción. Las críticas en este sentido, nos parece que han revelado un modelo de análisis "robusto", capaz de integrar y dar respuestas a múltiples aspectos inicialmente desatendidos. En lo que a nosotros respecta, lo que encontramos verdaderamente interesante y útil para el análisis es un modelo "complejizado", o un modelo "débil" de elección racional, que intentamos esbozar a continuación.<sup>4</sup>

0) Un asunto previo muy importante, de orden metodológico, consiste en asumir un modelo de elección racional "débil" para el análisis social; es decir, es conveniente asumir el principio de la racionalidad *sólo como un supuesto metodológico*, de manera que se tenga un punto de vista razonable desde el cual abordar, interrogar la realidad social. No tenemos por qué manejar el supuesto de racionalidad como un supuesto "ontológico", que nos revelaría la "esencia" de la naturaleza humana; es bastante claro que el individuo es mucho más (afortunadamente) que su componente racional.

En este sentido, Elster (1985) señala que el de racionalidad es un supuesto a emplear *faut de mieux*. Más explícitamente, Tsebelis (1990) dice que hemos de considerar a la elección racional como un tipo (entre otros igualmente válidos) de explicación, que permite pensar, simplificar, modelar, aproximarnos a los problemas. La pregunta es ¿qué otro punto de partida más razonable se puede adoptar? En todo caso, para Tsebelis el modelo de elección racional tendría acotado su campo de aplicación a situaciones donde estén claramente definidas metas, identidades y reglas de interacción para los sujetos. Finalmente, nos parece

<sup>4</sup> En lo que sigue del texto, éste se ordena según la discusión de los cuatro rasgos del modelo "ingenuo" descrito; empezamos por el punto "cero", de carácter metodológico.

importante anotar la recomendación de Wippler y Windenberg (1987), para maximizar el potencial de la teoría de la elección racional: privilegiar la dimensión social, en toda su complejidad, en el momento del diseño de un marco analítico global, y privilegiar la dimensión individual y racional en el momento de la explicación más concreta de la conducta de los sujetos.<sup>5</sup>

1) Si bien es cierto que, de acuerdo con el IM, la teoría de la elección racional toma como unidades base del análisis a los individuos, esto no significa:

- Negar la necesidad y la posibilidad de establecer un camino que permita construir la dimensión “macro” de la realidad. En este sentido Münch y Smelser (1987) señalan varias estrategias (cabe imaginar otras, ciertamente) de construcción de lo “macro” a partir de lo “micro”: estrategias de *agregación* (por ejemplo, Durkheim al estudiar el suicidio llega a un hecho *social* a partir de la agregación de eventos —suicidios— individuales); de *combinación de micro-interacciones con factores “macro”* (por ejemplo, Weber al estudiar el protestantismo y Tocqueville al estudiar los orígenes de la revolución francesa relacionan interacciones individuales con situaciones y eventos históricos); de *externalización* (donde los fenómenos macro son en alguna medida expresión de problemas individuales; por ejemplo, el análisis de la cultura que hace Freud en *Totem y Tabú*); de *creación, sustentación o reproducción de lo macro* (donde lo macro aparece como creación a partir de las interacciones individuales; por ejemplo en la *Construcción social de la realidad* de Berger y Luckmann, y en general, desde aproximaciones fenomenológicas); y de *conformidad* (donde lo macro —expresado en normas, valores— aparece como resultado del grado de conformidad o de conducta “desviada” de los individuos).

- No significa asumir una postura “atomística” que niegue la existencia de realidades supraindividuales que constriñen y moldean la acción de los individuos. Los individuos, sujetos de la acción, enfrentan estructuras de decisión y limitantes estructurales que escapan por completo de su control, y que a la vez restringen, moldean y posibilitan la acción. Aportaciones en este sentido pueden ir desde la teoría de la estructuración de Giddens (1984), y su concepto de “dualidad de la estructura” (1984 y 1987), hasta el “realismo institucional” de Grafstein (1992), que asigna a las instituciones el rol de limitantes de la acción individual, y además les otorga significativos grados de autonomía, pero

<sup>5</sup> Sobre el punto véase Elster (1985); Friedman y Hechter (1990 y 1991); Przeworski (1987); Tsebelis (1990).

manteniéndose dentro de un modelo “revisado” de elección racional y de teoría de juegos; también podríamos consignar la apertura de Elster (1991a) a las normas sociales, que complementan y cubren analíticamente los vacíos e insuficiencias que encuentra el autor en la aproximación racionalista.

Una literatura especialmente interesante respecto a los límites institucionales a la acción individual es la “neoinstitucionalista”. Esta perspectiva de estudio en principio aparece como opuesta a la de la elección racional y su énfasis en la capacidad de acción de los individuos, pero lo que resulta más interesante es el diálogo entre ambas perspectivas. Diversos intentos en este sentido pueden verse en Jefferson (1991), quien plantea la no incompatibilidad de las posiciones neoinstitucionalistas con las de la elección racional; North (1990) critica por ejemplo las posturas individualistas de la teoría de juegos y de la economía neoclásica para dar cuenta del desarrollo de la economía y enfatiza el papel de las instituciones, pero éstas a su vez son concebidas en el interior de un modelo de racionalidad, donde su existencia y dinámica se explica en tanto reducen los costos de transacción y aseguran los derechos de propiedad de la economía.

- Tampoco implica desconocer la pertenencia del individuo a colectividades mayores, ni su ubicación en estructuras de poder, ni implica hacer una equivalencia entre lo que podríamos llamar individualidad e individualismo.

Respecto a lo primero, ¿cómo entender desde esta perspectiva las solidaridades e identidades grupales? Aquí podríamos considerar provechosamente los aportes de Tilly (1978), quien basándose en un modelo de racionalidad estratégica tematiza la formación de redes sociales como recursos movilizables para la acción colectiva. Por su parte, Elster concibe el proceso de formación de clases (una forma particular de entramado de relaciones sociales), como la solución cooperativa del “dilema del prisionero”; en términos similares, Hardin (1990), y Axelrod (1986), basándose en la teoría de juegos despejan el problema de la cooperación: para el primero, la cuestión se resuelve con la reiteración de las interacciones entre los sujetos (el dilema del prisionero como un juego iterativo de  $n$  personas) y para el segundo, por medio de una estrategia de “toma y daca” (cooperar primero y luego decidir en función de lo que hagan los demás).

Respecto a las relaciones entre el individuo y el poder y otros problemas “macro”, la perspectiva del “marxismo analítico” resulta sumamente sugerente.

El marxismo analítico toma los clásicos temas marxistas “macro” (clases, explotación, poder, etc.) desde una perspectiva individualista y



racional, con resultados muy interesantes y que constituyen intentos muy importantes de renovación del pensamiento marxista.<sup>6</sup> De este modo, se recurre a la teoría de juegos (Elster, 1986), y a la teoría del equilibrio neoclásico (Roemer, 1988b) para dar cuenta de fenómenos como la formación de clases y la explotación. Las categorías marxistas clásicas asumen nuevos contenidos: la dialéctica se asocia con las “consecuencias no intencionales de la acción”, el proceso de formación de clases con “la solución cooperativa del dilema del prisionero” (Elster, 1985 y 1991), el análisis de la explotación no se remite a la teoría del valor trabajo, sino al acceso diferencial a los medios de producción, que atentan contra un modelo de equilibrio walrasiano (Roemer, 1988a).

2) Aunque asumimos que el individuo posee un conjunto de preferencias ordenadas por las cuales define sus cursos de acción, esto no impide reconocer que éstas cambian y se definen histórica y socialmente. Al respecto son importantes las aportaciones de Herbert Simon y más recientemente de James March (1986) sobre cómo analizar la decisión racional asumiendo el cambio en las preferencias; por otro lado, Przeworski (1987) ha señalado correctamente que el carácter social de las preferencias, que tantas críticas le ha valido a las formulaciones iniciales del modelo de acción racional, puede asimilarse fácilmente al mismo, asumiendo, con un criterio similar al señalado por Wippler y Lindenberg (véase *supra*), que las preferencias pueden variar mucho, y que hay que considerar tales variaciones y determinaciones históricas y sociales en el momento de un análisis general; pero en el momento de la explicación de fenómenos concretos, se les puede asumir como dadas. Lo mismo creemos se puede decir respecto de la “historicidad” de los individuos: la dimensión diacrónica se debe considerar en el momento teórico, pero en el momento de la explicación de una conducta en concreto, nos debemos mover en una dimensión sincrónica.

3) El modelo de elección racional, si bien asume una conducta racional y maximizadora en los individuos, nada nos dice acerca de las preferencias concretas de los mismos, es decir, no dice nada sobre qué preferencia es la que los individuos quieren maximizar. La racionalidad egoísta y posesiva es sólo un tipo de racionalidad imaginable. Lo que sí podemos considerar un elemento “fuerte” del modelo es el supuesto de algún grado de *consistencia* de las acciones, una vez definidas las preferencias (de otro modo, se caería en explicaciones *ad-hoc* de los fenómenos).

Algunos autores, que toman y reformulan elementos del modelo de

<sup>6</sup> Para una visión general de esta perspectiva ver Roemer (ed.) (1988a), *El marxismo analítico*; además, muestra que no tienen por qué relacionarse posturas desde el IM y posiciones políticas conservadoras.

elección racional, han desarrollado modelos donde la preferencia por maximizar puede ser la pertenencia a grupos o lealtades ideológicas, buscando reconocimiento (Pizzorno, 1989); este mismo autor (1981), al analizar los partidos políticos, ofrece un modelo donde los líderes maximizan poder, los militantes, la pertenencia al grupo, y los votantes, beneficios individuales; Margolis (1984) propone un modelo que combina preferencias egoístas y altruistas, donde hay una suerte de alternancia entre las mismas; Hirschman (1986) ha desarrollado un modelo donde se alternan ciclos de acción pública e interés privado; y antes (Hirschman, 1977) propuso un modelo de análisis de la acción motivado por tres racionalidades que privilegian la "salida", la "voz", o la "lealtad". Finalmente, diremos que cabe imaginar muchas otras racionalidades y preferencias que los individuos desean maximizar para dar cuenta de los diversos fenómenos sociales.

4) En el modelo de acción racional, asumimos que los individuos buscan seguir consistentemente aquel curso de acción que les procure los mayores beneficios, pero esto no significa que su capacidad de maximización esté asegurada; lo que sí suponemos es que se seguirá aquel curso de acción que se perciba como el que asegura mayores beneficios.

Los problemas a enfrentar en este sentido se refieren a las condiciones de *incertidumbre*, ya sea vinculada a las preferencias (por ejemplo, el supuesto de su transitividad es bastante problemático), o a la información disponible (tomando en cuenta que informarse implica costos que alteran la racionalidad de la decisión; a veces, lo racional puede no estar informado). Intentando responder a estas cuestiones, por ejemplo Boudon, ha enfatizado la existencia de *consecuencias no intencionales de la acción*, cosa que no excluye que el actor actúe, o intente actuar, racionalmente; el actor se puede equivocar en su actuación, pero ello no cuestiona la estructura y racionalidad de su motivación y decisión. Según March (1986), Simon analiza las decisiones en condiciones de incertidumbre al desarrollar un modelo donde el actor no elige el curso de acción que le permita maximizar beneficios, sino el primero disponible que satisfaga condiciones mínimas de satisfacción; recientemente, James March (1986) hace un recuento de racionalidades sobre la base del modelo de Simon, que surgen en contextos de incertidumbre: aparecen la racionalidad limitada, contextual, de juegos y procesal (en todas ellas se reconoce la intencionalidad del individuo, pero se cambian las estructuras de decisión que enfrenta); y la adaptativa, selectiva y posterior (racionalidades aplicables a organizaciones, donde queda fuera el supuesto de la intencionalidad del individuo).

De estos modelos de racionalidad, el vinculado con la teoría de los juegos ha dado lugar a una vastísima literatura. Lo interesante de esta

compleja teoría es que permite entender la racionalidad de la decisión en contextos de incertidumbre (racionalidad estratégica: las decisiones de uno de los jugadores afectan las decisiones de los otros). Según las estructuras de decisión a enfrentar, se derivan cursos de acción racionales y puntos de equilibrio. Así, en algunos juegos lo racional puede hacernos llegar a un equilibrio subóptimo (como en el “dilema del prisionero”), en otros se hallan varios equilibrios (como en “la guerra de los sexos”, o en el juego “de la gallina”); en otros, puede no haber ningún equilibrio posible.<sup>7</sup>

Finalmente, Elster (1988a, 1989, 1991b), a lo largo de varios escritos, ha llamado la atención sobre las diversas formas de *irracionalidad* que pueden presentarse en la acción social de los individuos. Si bien ellas no pueden soslayarse en el momento del análisis, nos parece claro que no es posible movernos metodológicamente bajo el supuesto de la irracionalidad de los individuos. En extremo, esto significa negar la posibilidad de hacer ciencia social. Además, hay que tener en cuenta que asumir modelos donde caben todos los tipos de racionalidad y de irracionalidad implica no decir prácticamente nada respecto de la realidad. El esfuerzo científico consiste más bien en modelar, en simplificar la realidad para hacerla analizable. Los diversos modelos de racionalidad presentados deben entenderse como diversas opciones, que ciertamente no son necesariamente compatibles entre sí.

Esperamos haber mostrado en esta apretada síntesis tanto la ductibilidad como la capacidad de análisis del individualismo metodológico y de la teoría de elección racional, y además haber sugerido su pertinencia y utilidad para el análisis de diversas manifestaciones de la realidad social. A continuación, quisiéramos ocuparnos más concretamente del estudio de los movimientos sociales y la participación política en nuestros países, para ilustrar más específicamente su poder de análisis y de qué manera nos podrían ayudar a superar algunos de los problemas surgidos desde perspectivas colectivistas o estructuralistas.

### **Algunos elementos de análisis para el estudio de los movimientos sociales y la participación política**

Partiendo de lo señalado anteriormente, queremos ahora exponer algunos elementos de análisis que juzgamos útiles para el estudio de la temática anunciada, dando cuenta además de su capacidad para ir más allá de

<sup>7</sup> Al respecto ver Harsanyi (1986); Elster (1986); entre otros.

un modelo "ingenuo" de racionalidad, hacia lo que llamamos un modelo "débil", capaz de incorporar otro tipo de variables.

Una perspectiva inscrita tanto dentro del individualismo metodológico como de la teoría de la elección racional, es la teoría de la *movilización de recursos* orientada al análisis de los movimientos sociales. Este enfoque, lamentablemente, no ha recibido la atención que merece en la mayor parte del ámbito latinoamericano, donde se siguió más, como ya mencionamos, la corriente europea enfocada en la identidad.<sup>8</sup> A continuación queremos reseñar brevemente tres grandes contribuciones que parten de esta perspectiva, buscando rescatar conceptos y categorías de análisis que consideramos útiles para el examen de los movimientos sociales y la participación política en nuestros países.

a) El punto de partida de la teoría de la movilización de recursos podría ser el ya clásico trabajo de Mancur Olson (1971) sobre la lógica de la acción colectiva, donde se complica el razonamiento que establece una cadena continua entre la estructura social, la definición de intereses, la conformación de grupos y organizaciones y, finalmente, formas de acción colectiva. Olson enfatiza fuertemente que de la existencia de intereses grupales no tienen por qué deducirse formas de organización y menos la acción colectiva. Cuando se configura un grupo de interés en torno a la obtención de un bien público (uno de cuyo disfrute es muy difícil excluir a alguien perteneciente al grupo de interés), lo racional para el individuo es *no* participar, y convertirse en un *free-rider*: beneficiarse del esfuerzo de otros y obtener los mismos beneficios. ¿Cómo se enfrenta el problema del *free-rider* y se logra la acción colectiva? En primer lugar, este problema no se presenta ante la demanda de bienes privados, o cuando dentro de los bienes públicos es posible obtener beneficios selectivos (privados); en este caso, no se produce la acción colectiva; en segundo lugar, resulta central el tamaño de los grupos y la densidad de las relaciones en su interior, ya que cuando estamos ante grupos pequeños y de reiteradas interacciones, es posible manejar mecanismos coercitivos, sanciones (morales) que limitan las salidas individualistas; en tercer lugar, es muy importante el papel que puedan jugar los "*empresarios políticos*", individuos que corran con parte de los costos de la organización y hagan más atractiva, menos onerosa, la decisión de participar.

<sup>8</sup> En la actualidad hay dos grandes perspectivas de análisis de los movimientos sociales: el orientado hacia la identidad y el de la movilización de recursos (ver al respecto Cohen, 1988; Tarrés, 1992; Tarrow, 1988). El primero es conocido en nuestro medio a través de la obra de Alain Touraine. El otro, lamentablemente, si bien es conocido en círculos académicos, no ha dado lugar a una discusión importante ni a investigaciones de campo significativas.

b) Un segundo gran hito en la teoría de la movilización de recursos es el también clásico trabajo de McCarthy y Zald (1977), generalmente considerado como el “acta de nacimiento” de esta teoría, y que sigue el camino iniciado por Olson. Los autores establecen útiles distinciones entre lo que sería un *movimiento social* (un conjunto de opiniones y creencias de un grupo de la población), una *organización del movimiento social* (organización formal que se identifica con y se moviliza por las preferencias del movimiento social).

Estas categorías son útiles porque permiten ver con claridad que las distintas organizaciones que se forman en torno a las demandas de los movimientos sociales nunca los representan de manera íntegra ni los agotan, y que estos nunca son movilizados totalmente.

Además, McCarthy y Zald trabajan los tipos de sujetos que constituyen las organizaciones de los movimientos sociales; están los *adherentes* (normales y los de conciencia, estos últimos que no tienen que ver con los beneficios a obtener por la movilización), quienes apoyan o simpatizan con la organización del movimiento social; los propiamente *constituyentes* (también normales y de conciencia), quienes ponen su tiempo y recursos al servicio de la organización; y los *beneficiarios potenciales*, que no pertenecen a los movimientos sociales pero sacan provechos indirectos de sus logros. Con base en estas categorías, los autores exploran las relaciones entre los diversos sujetos, y cómo éstas afectan las posibilidades de éxito de los movimientos y sus organizaciones. Tales categorías son útiles porque nos permiten entender las relaciones entre los movimientos sociales, sus organizaciones, y otros actores.

c) Un tercer gran hito a tomar en cuenta son las aportaciones de Charles Tilly (1978), quien complejiza sustancialmente el modelo básico de movilización de recursos, llevándolo hacia los límites de uno de racionalidad individual. Tilly analiza los movimientos sociales a partir de un modelo basado en la interacción de los actores, entre sí y con el Estado, y en una racionalidad estratégica de los mismos. Los movimientos son resultado de la movilización de recursos tanto materiales como inmateriales, donde se incorporan al análisis las solidaridades grupales, las *redes de interacción social* a las que pertenecen los sujetos. Así, las movilizaciones populares y sus diversos tipos se explican tanto por los recursos y organizaciones disponibles, como por el escenario de interacciones moldeado por la acción del Estado. Esto nos permite entender cómo se gesta la acción colectiva, atendiendo a variables que responden a dimensiones estructurales e históricas.

En resumen, los trabajos reseñados, entre muchos otros, sirven de base para la teoría de la movilización de recursos, que como hemos intentado mostrar, posee muchas variantes en el interior de un modelo

básico. Según Zald (1992), las ideas centrales compartidas por todos los escritos en esta perspectiva podrían ser resumidas del siguiente modo:

Primero, la conducta (colectiva) implica costos; por tanto, los sufrimientos o deprivaciones no se traducen fácil o automáticamente en la actividad de los movimientos sociales, especialmente en la actividad de movimientos sociales de alto riesgo; el cálculo de costos y beneficios, no importa cuán elemental sea, implica elección y racionalidad a algún nivel. La movilización fuera de las rutinas de la vida social y familiar, fuera del trabajo y del ocio, es problemática. Segundo, la movilización de recursos puede ocurrir desde dentro del grupo afectado como por fuera de éste. Tercero, los recursos son movilizados y organizados; por tanto, el proceso de la organización es crucial. Cuarto, los costos de la participación pueden ser aumentados o disminuidos por el Estado, por medio de apoyos sociales o de represión. Y quinto, ya que la movilización es muy problemática, también lo son los resultados de los movimientos. No hay correspondencia directa o unívoca entre el nivel de la movilización y el éxito de la misma (Zald, 1992: 332-333. Traducción del autor.)

Sobre la base de estas ideas, han habido otros desarrollos fundamentales que nos parece importante reseñar. Gracias a las aportaciones de Tilly y otros, se ha llegado a esbozar el concepto de *estructura de oportunidad política*, como moldeadora de la acción racional o estratégica de los individuos y las organizaciones sociales. Según Tarrow (1988), la dinámica de los movimientos sociales puede hacerse inteligible, entre otros factores, a partir de elementos tales como la apertura o cerrazón del sistema político, la estabilidad o inestabilidad de los alineamientos políticos existentes, la presencia o ausencia de aliados o grupos de apoyo, el grado de unidad o de división en el interior de las élites y su tolerancia frente a acciones de protesta, y la capacidad del gobierno para implementar sus políticas. Estos elementos alteran los costos de la acción colectiva, de manera que incentivan o desincentivan la movilización, y así podemos entender los ciclos, la dinámica, los tipos y la racionalidad de las acciones colectivas.

Es cierto que con base en estas y otras ideas se han realizado muy importantes aportaciones en muy diversos aspectos, pero el reto más importante y la dirección de investigación más sugerente apunta a lograr una síntesis entre enfoques orientados a la racionalidad y a la identidad. Para nosotros, el IM puede constituir una base sólida para intentar los esfuerzos de síntesis mencionados.

## **Esbozo de un modelo de análisis de los movimientos sociales y la participación política en América Latina desde un modelo “débil” de racionalidad**

Apoyados en lo dicho queremos ilustrar más claramente, para el análisis de los movimientos sociales y la participación política de los sectores populares en nuestros países, cómo podemos trabajar con un modelo “débil” de racionalidad, que nos permita incorporar variables políticas y estructurales.

El punto de partida tendrá que ser lo que llamamos un modelo “débil” de racionalidad, como el bosquejado en páginas anteriores, en oposición al modelo “ingenuo” de racionalidad. Esta racionalidad consistirá, para el caso de la acción colectiva y el involucramiento público, en seguir consistentemente el curso de acción más adecuado para maximizar el bienestar del grupo de interés; acción que se verá constreñida y moldeada por elementos externos al sujeto, de carácter político y estructural. Según las variaciones de estos elementos, se verá afectada la racionalidad de la acción colectiva, con lo que se modificarán, a mediano plazo, las formas de participación y expresión política.

Una de las muchas consecuencias que se desprenden de este punto de partida es que debemos hablar, antes que de movimientos sociales, de formas de acción colectiva en el análisis de las movilizaciones populares: ello para evitar atribuir un sentido exterior a las acciones de los sujetos y para mantener la distinción entre movimiento social y organizaciones del movimiento social, y evitar caer en la idea de que las organizaciones “monopolizan” la representación del movimiento; esta última distinción nos permite además tematizar los cambios en la cultura política y las representaciones colectivas que no se expresan en movilizaciones, pero no por ello son menos importantes.

En suma, no se debe perder de vista que la acción colectiva es una *construcción* social, no un producto “natural”; e incluso, cuando la acción colectiva ocurre, no hay que perder de vista que dentro de la misma, los distintos individuos que la conforman mantienen orientaciones divergentes (Crozier y Friedberg, 1990). El carácter contingente de la acción colectiva, y la diversidad de intereses de subgrupo e individuales que se “esconden” detrás de la aparente unidad de la colectividad nos permiten entender mejor los procesos que dan lugar a su constitución y disolución.

Ahora bien, sobre una racionalidad así entendida, ¿cuáles serían las variables específicas que ayudarían a entender la constitución de la acción colectiva y sus variantes?

Un *primer* elemento, que tomamos de Tilly, es el papel que juegan las redes sociales, el entramado de relaciones sociales. En tanto estas

redes se “densifican”, se hace posible una solución cooperativa a los problemas colectivos, estableciendo solidaridades, posibilidades de sanción moral, constituyendo recursos movilizables en favor de la acción colectiva. Estas redes, aunque forman parte de un cálculo estratégico de los individuos, están determinadas en gran medida por factores de índole estructural; aquí cuentan elementos tales como la articulación —dispersión de la población, grado de homogeneidad— heterogeneidad, tipo y profundidad de los “clivajes” que la dividen y establecen conflictos, etcétera. Piénsese por ejemplo en las diferencias entre los países del cono sur frente a los andinos y centroamericanos, por ejemplo, para ver las consecuencias que hay sobre la dinámica política y la capacidad de acción colectiva y constitución de sujetos y actores.<sup>9</sup>

El entramado de relaciones sociales, que como hemos dicho constituye un recurso movilizable para la acción colectiva, permite también la incorporación de la variable temporal. De este modo, podemos distinguir dos grandes etapas en un proceso de densificación y debilitamiento de estas redes, que afectan las posibilidades de acción colectiva; una primera que comprende el ciclo industrialista-distribucionista que se dio en muchos de nuestros países en el periodo 1930-1980, caracterizado por procesos de integración social, constitución de actores, por lo menos en el ámbito urbano-moderno, y donde la clase obrera jugó un rol muy importante en la dinámica política (cf. Collier y Collier, 1991). Una segunda etapa se presenta claramente en las últimas dos décadas, donde lo central empiezan a ser la crisis y los procesos de desestructuración, precarización del empleo, informalización, marginalización, que tienen como efectos la ruptura de las solidaridades grupales extensas, el retraimiento a ámbitos más pequeños y privados y la dificultad de articular intereses y demandas, todo lo cual conspira contra la acción colectiva y el involucramiento público.

Un elemento adicional que es importante en el proceso de densificación o debilitamiento de las redes sociales es la naturaleza de los bienes demandados por un grupo social; así por ejemplo, los altos grados de movilización correspondientes a los primeros momentos de la consolidación urbana en los barrios populares en nuestros países podrían explicarse por el carácter público y “primario” (bienes indispensables para la reproducción material y bienes de cuyo consumo no se puede excluir a nadie) de la mayoría de los bienes demandados (reconocimiento legal, luz, agua). El problema del *free-rider*, como hemos visto, se solucionó

<sup>9</sup> Touraine (1989) destaca la importancia de estos elementos, resalta la dispersión y heterogeneidad de las distintas categorías sociales en América Latina, y reflexiona sobre la dificultad de construir representaciones políticas.



por la vía de sanciones morales (dado el tamaño y la naturaleza de los grupos) y el papel de empresarios políticos. Sin embargo, una vez conseguidas básicamente estas reivindicaciones, se abren paso las demandas por bienes de índole más privado (vinculados al mejoramiento de servicios, o ligados a la sobrevivencia), que si bien involucran al conjunto de las poblaciones, no tienen por qué traducirse en acciones colectivas (ver al respecto Gonzáles *et al.*, 1991, para el caso del Perú).

Un *segundo* elemento que podría ayudarnos a construir un modelo de análisis de la acción colectiva y la participación política en nuestros países es el concepto de estructura de oportunidad política (EOP), que como hemos visto, involucra un conjunto de complejos elementos políticos, los cuales limitan y moldean la racionalidad de la acción colectiva de los sectores sociales que la enfrentan. En medio de todos los elementos que la conforman, señalados por Tarrow (1988), rescatamos dos para hacerla más manejable: primero, el papel que juegan los aliados o grupos de apoyo, señalados por Olson como “empresarios políticos” (una variable política); y segundo, la apertura del sistema político (una variable política “síntesis” de muchos elementos).

Respecto al papel de los empresarios políticos en nuestros países, resulta muy interesante pensar, para los sectores populares, en el rol jugado por militantes de partidos de izquierda (independientes del poder político), y en ocasiones por promotores de agentes como las comunidades eclesiales de base y ONG. El rol de estos agentes, en ocasiones constituyentes, adherentes (normales y de conciencia) y beneficiarios potenciales de los movimientos sociales afectan de manera decisiva la dinámica de los grupos.<sup>10</sup> Son ejemplos notables en este sentido el rol de la iglesia en Chile o Brasil durante las dictaduras de los años 70, el rol de militantes de izquierda en las movilizaciones sociales de la misma década en el Perú; el rol tanto de comunidades eclesiales de base y ONG en la constitución de bases sociales activadas políticamente y expresadas en IU y el PT, en Perú y Brasil; México nos puede dar un ejemplo negativo, donde la relativa ausencia de grupos de apoyo ayuda a entender las dificultades para pasar de las demandas a la constitución de intereses y de allí a la acción colectiva.

Respecto a cómo la apertura o cerrazón del *sistema político* limita y moldea la acción colectiva, se pueden incorporar múltiples variables políticas dentro de un modelo de racionalidad estratégica; así por ejemplo, dentro del periodo 1930-1980 al que nos hemos referido, caracterizado

<sup>10</sup> En Tanaka y Nauca (1993), intentamos dar cuenta de las relaciones entre las organizaciones juveniles populares, las ONG, las comunidades eclesiales de base y los militantes de partidos de izquierda para mostrar la dinámica de los grupos, en el caso de Lima.

por la pugna entre una coalición industrialista-distributiva y una oligárquica (visible más nítidamente en el periodo 1930-1960 en muchos de nuestros países), resulta que allí donde la primera se impuso, el sistema político tendió a ser más abierto, más "permeable" a las demandas populares, con lo que la movilización y la participación tendieron a ser más "racionales" (tuvo costos menores y mayores posibilidades de éxito); allí donde la segunda se impuso, fue menos racional la movilización, dado el aumento en los costos de la acción colectiva, en función de la represión y de la menor probabilidad de obtener beneficios.

Para el periodo más reciente, la mayor apertura o cerrazón del sistema político parece responder a la posibilidad de estabilizar las economías y fijar horizontes de crecimiento; de este modo, países como Chile o México resultan muy distintos de otros como Perú o Argentina, inmersos todavía en la lógica del ajuste y la estabilización. En este último contexto, la movilización se hace menos racional, mientras que en el primer caso es razonable esperar cierto grado de atención a las demandas.

En resumen, de la interacción entre el grado de consistencia de las redes sociales y la EOP (compuesta a su vez por el papel de los grupos de apoyo y el grado de apertura del sistema político), podríamos construir un cuadro de situaciones, que permita pensar comparativamente las cuestaciones de la acción colectiva, los movimientos sociales, y las formas de participación política en general; modelo de análisis que si bien parte de la racionalidad de los sujetos, integra también variables políticas y estructurales. (Ver *infra*.)

Presentamos este modelo de análisis bastante esquemático solamente para ilustrar cómo se pueden entender temas políticos propios de la realidad de nuestros países a partir de un modelo "débil" de racionalidad, y apreciar el uso de una perspectiva de análisis y su potencial: no es nuestra intención desarrollarlo aquí de manera exhaustiva.<sup>11</sup>

El cuadro siguiente permite analizar comparativamente diversas situaciones respecto a la acción colectiva y la participación política de los sectores populares en nuestros países, resultantes de la interacción de las variables expuestas:

1) en la primera situación, tenemos un sistema político abierto, grupos de apoyo importantes (partidos), que cubren el escenario político y cumplen funciones de intermediación y representación; por ello, este cuadro es de "representación"; dentro de él, las distintas formas de expresión política variarán según haya identidades sociales fuertes o no: en el primer caso, la participación se instrumenta mediante los partidos; en el

<sup>11</sup> Estamos trabajando este modelo de manera más sistemática en nuestra tesis de maestría en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) con sede en México.

**Modelo de análisis de la participación política popular según la estructura de oportunidad política (dada por la apertura del sistema político y por el papel de grupos de apoyo) y según el grado de consistencia de las identidades sociales populares**

|  | <i>Sistemas políticos relativamente abiertos (EOP más favorable)</i>  | <i>Sistemas políticos relativamente cerrados (EOP menos favorable)</i>                  |
|--|---|---|
| <i>Existencia de grupos de apoyo significativos (mejora EOP)</i>     | Cuadro de "representación"(1)<br>IS: Participación vía partidaria/<br>ID: Participación restringida a lo electoral (democracia de élites) | Cuadro de "movilización" (3)<br>IS: Esquemas populistas/<br>ID: Esquemas plebiscitarios |
| <i>No existencia de grupos de apoyo significativos (empeora EOP)</i> | Cuadro "estatal"(2)<br>IS: Corporativismo/<br>ID: Clientelismo  | Cuadro de "resistencia" (4)<br>IS: Movimientos sociales<br>ID: Lógica "pragmática"      |

segundo, tenemos una democracia elitista, donde la participación se restringe a los aspectos más estrictamente liberales-poliárquicos. Chile en el periodo 1930-1970 puede ser concebido como una democracia con participación vía partidos, mientras que el de la actualidad, como una democracia elitista.

2) Otra situación combina un sistema político abierto, "permeable", pero con grupos de apoyo débiles; el espacio político es entonces "copado" por el Estado; es el cuadro de "estatalidad" más acentuada. Las formas de participación cambian según haya identidades sociales fuertes o débiles; así tenemos para identidades o núcleos populares fuertes, corporativismo; con una EOP similar pero identidades débiles, clientelismo; el caso que puede ser revisado desde estos parámetros es México, con un desplazamiento de una forma de participación corporativa a clientelar en las últimas décadas.

3) Otra situación es la de un sistema político cerrado, pero con grupos de apoyo importantes, que movilizan a los sectores populares en su favor, contra ese sistema cerrado; la participación adquiere entonces la forma de "movilización"; con identidades fuertes, el formato es típicamente populista; con débiles, plebiscitario. El caso de Argentina podría ser comprendido dentro de estos parámetros, donde claramente en el periodo 1955-1973 había una dinámica populista, mientras que en la actualidad hay una plebiscitaria, dado el debilitamiento del actor sindical como de los actores populares en general; las masas sólo pueden responder simbólicamente a las apelaciones de los líderes, sin capacidad real de interlocución.

4) Una cuarta situación tiene la EOP más desfavorable: sistema polí-

tico cerrado, y grupos de apoyo débiles; por ello, llamamos a éste un cuadro de "resistencia" para los sectores populares. Con identidades fuertes, que permiten trascender una EOP desfavorable, tenemos expresión política vía lo que comúnmente llamamos movimientos sociales; cuando éstas son débiles, lo que encontramos son lógicas pragmáticas de relación con el Estado y actores en función de obtener beneficios, pero sin adquirir compromisos políticos.

El Perú expresa claramente estas lógicas. En el periodo 1950-1970, predominó una lógica pragmática, así como hay una suerte de "radicalización" de la misma en la actualidad; mientras que en la segunda mitad de la década de los 70, se aprecia una lógica de participación tipo movimientos sociales; del mismo modo que en Chile en la primera mitad de los 80, o México en la segunda mitad de la misma década. Ellas son expresivas de redes densas por lo menos en algunos núcleos (urbanos), y de menores costos en la acción colectiva dado el papel de grupos de apoyo, y el momento inicial de la crisis en que se ubican; crisis que, conforme se agrava y se consolidan nuevas formas de socialidad al compás de la reestructuración neoliberal, y conforme los partidos políticos ocupan y monopolizan la escena política, deja de hacer racional la participación vía "movimientos sociales" o acciones colectivas en general.

### **A modo de conclusión**

Con base en el modelo de análisis presentado, esperamos haber proporcionado pistas que nos permitan superar algunos de los "callejones sin salida" a los que se llegó desde análisis colectivistas o estructuralistas, y desde la teoría de los NMS para la comprensión de la acción colectiva y la participación política. Las oposiciones entre conductas democráticas y autoritarias se disuelven, se hacen comprensibles los ciclos de auge y desmovilización de los movimientos y sus organizaciones, etc.; se entiende el apoyo o respaldo a situaciones autoritarias, sometimiento a relaciones jerárquicas, así como cursos de acción independientes y contestatarios. Esperamos también haber mostrado la utilidad, ductibilidad e interés de aproximaciones teóricas que den cuenta de la individualidad y la racionalidad, y que sean capaces de incorporar otras dimensiones en el análisis, con el fin de obtener un esquema comprensivo.

Recibido en abril de 1994  
Revisado en junio de 1994

## Bibliografía

- Aguiar, Fernando (1990), "Lógica de la cooperación", *Zona Abierta*, núm. 54/55, dedicado al tema *Intereses individuales y acción colectiva*.
- Alexander, Jeffrey *et al.* (eds.) (1987), *The Micro Macro Link*, Los Ángeles, University of California Press.
- \_\_\_\_\_ y Bernhard Giesen (1987), "From Reductions to Linkage: The Long View of the Micro-Macro Debate" en Jeffrey Alexander *et al.*, *The Micro Macro Link*, Los Ángeles, University of California Press.
- Axelrod, Robert (1986), *La evolución de la cooperación. El dilema del prisionero y la teoría de juegos*, Madrid, Alianza.
- Berger, Suzanne (ed.) (1981), *Organizing Interests in Western Europe. Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Cohen, Jean (1988), "Estrategia o identidad: paradigmas teóricos nuevos y movimientos sociales contemporáneos" en J. Cohen, *Teoría de los movimientos sociales*, San José, FLACSO.
- Collier, David y Ruth Collier (1991), *Shaping the political arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press.
- Crozier, Michel y Erhard Friedberg (1990), *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*, México, Editorial Patria.
- Elster, Jon (1985), *Making Sense of Marx*, Cambridge, Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_ (1986), "Marxismo, funcionalismo y Teoría de Juegos. Alegato en favor del individualismo metodológico", *Sociológica*, año 1, núm. 2, otoño, UAM Iztapalapa.
- \_\_\_\_\_ (1988a), *Uvas Amargas. Sobre la subversión de la racionalidad*, Barcelona, Península.
- \_\_\_\_\_ (1988b), "Three Challenges to Class" en John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_ (1989), *Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*, México, FCE.
- \_\_\_\_\_ (1991a), *Una introducción a Karl Marx*, México, Siglo XXI Editores.
- \_\_\_\_\_ (1991b), *El cemento de la sociedad: las paradojas del orden social*, Barcelona, Gedisa.
- \_\_\_\_\_ (ed.) (1986), *Rational Choice*, Nueva York, New York University Press.
- Foxley, Alejandro *et al.* (1989), *Democracia, desarrollo y el arte de traspasar fronteras. Ensayos en homenaje a Albert O. Hirschman*, México, FCE.
- Friedman, Debra y Michael Hechter (1990), "The Comparative Advantages of Rational Choice Theory" en George Ritzer (ed.), *Frontiers of Social Theory: The New Synthesis*, Nueva York, Columbia University Press.
- \_\_\_\_\_ (1991), "The Contribution of Rational Choice Theory to Macrosociological Research" en Abell (ed.), *Rational Choice Theory, Schools of Thought in Sociology*, vol. 8, Inglaterra, Edgar Reference Collection.
- Giddens, Anthony (1987), *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica*

- positiva de las sociologías interpretativas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- \_\_\_\_\_ (1984), *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, capítulo 2, Cambridge, Polity Press.
- González, Osmar, Martín Tanaka, Luis Nauca y Sandro Ventura (1991), *Normal nomás: los jóvenes en el Perú de hoy*, Lima, IDS/CIDAP.
- Grafstein, Robert (1992), *Institutional Realism. Social and Political Constraints on Rational Actor*, New Haven, Yale University Press.
- Hardin, Russell (1990), "The Social Evolution" en Kare Schweers Cook y Margaret Levi (eds.), *The Limits of Rationality*, Chicago, University of Chicago Press.
- Harsanyi, John C. (1986), "Advances in Understanding Rational Behavior" en John Elster (ed.), *Rational Choice*, Nueva York, New York, University Press.
- Hirschman, Albert A. (1977), *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*, México, FCE.
- \_\_\_\_\_ (1986), *Interés privado y acción pública*, México, FCE.
- Jefferson, Ronald (1991), "Institutions, Institutional Effects, and Institutionalism" en Powell y Dimaggio (eds.), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, Chicago, University of Chicago Press.
- McCarthy, John y Mayer Zald (1977), "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory", en *American Journal of Sociology*, núm. 82.
- March, James G. (1986), "Bounded Rationality, Ambiguity and the Engineering of Choice" en Jon Elster (ed.), *Rational Choice*, Nueva York, New York University Press.
- Margolis, Howard (1984), *Selfishness, Altruism and Rationality. A Theory of Social Choice*, Chicago, University of Chicago Press.
- Münch, Richard y Neil J. Smelser (1987), "Relating the Micro and Macro" en Jeffrey Alexander *et al.* (eds.), *The Micro Macro Link*, Los Ángeles, University of California Press.
- North, Douglas (1990), *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Olson, Mancur (1971), *The Logic of Collective Action. Public Goods and The Theory of Groups* (1965), Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Pizzorno, Alessandro (1981), "Interests and Parties in Pluralism" en Suzanne Berger (ed.), *Organizing Interests in Western Europe. Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_ (1989), "Algunas otras clases de otredad: una crítica de las teorías de la 'elección racional'" en Alejandro Foxley *et al.*, *Democracia, desarrollo y el arte de traspasar fronteras. Ensayos en homenaje a Albert O. Hirschman*, México, FCE.
- Powell, Walter y Paul Dimaggio (eds.) (1991), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, Chicago, University of Chicago Press.
- Przeworski, Adam (1987), "Marxismo y elección racional", *Zona Abierta*, núm. 45, octubre-diciembre.

- Roemer, John (ed.) (1988a), *Analytical Marxism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1988b), “New Directions in the Marxian Theory of Exploitation and Class” en John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Schweers Cook, Kare y Margaret Levi (eds.) (1990), *The Limits of Rationality*, Chicago, University of Chicago Press.
- Tanaka, Martín y Luis Nauca (1993), *¿Esperanza o amenaza? Juventud popular urbana, cultura y participación políticas* (inédito).
- Tarrés, María Luisa (1992), “Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva”, *Estudios Sociológicos*, año X, núm. 30.
- Tarrow, Sidney (1988), “National Politics and Collective Action. Recent Theory and Research in Western Europe and the United States”, *Annual Review of Sociology*, núm. 14.
- Tilly, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, Nueva York, Random House.
- Touraine, Alain (1989), *América Latina: política y sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Tsebelis, George (1990), *Nested Games. Rational Choice in Comparative Politics*, Los Ángeles, University of California Press.
- Wippler, Reinhard y Siegwart Lindenberg (1987), “Collective Phenomena and Rational Choice” en Jeffrey Alexander *et al.* (eds.), *The Micro Macro Link*, Los Ángeles, University of California.
- Zald, Mayer (1992), “Looking Backward to Look Forward. Reflections on the Past and the Future of the Resource Mobilization Research Program” en Morris y McClurg (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press.